

Periódico y desayuno

POR FERNANDO O. FERNÁNDEZ

Pasaron cinco décadas del segundo milenio. La humanidad apenas había sobrevivido a las guerras, a las enfermedades y a la hambruna que siguieron tras el calentamiento global. Después de tantos desastres, el futuro dependía de algunas comunidades que habían logrado sobrevivir. Muchas cosas se estaban acomodando.

En el comedor, Joaquín fingía leer el periódico del día mientras se enfriaba su café. Estaba callado y pensativo, no sabía cómo abordar ese tema que lo traía tan intranquilo. De repente, desde la cocina, junto al desayuno vendría el enfrentamiento.

—¿Viste lo del periódico? Eso es inaceptable, es una aberración. Simplemente no podemos aceptar este retroceso en materia de las libertades individuales. Me rehúso vehementemente a olvidarme de nuestras conquistas. En toda la historia jamás se nos reconoció nuestro derecho a ser lo que somos... Cariño, ¿no me estás escuchando? ¿No leíste el periódico? ¿No has visto las noticias? Salió en todos lados esta mañana. ¿Por qué no dices nada? ¿Es que acaso estás de acuerdo con esos retrógradas de mierda? Háblame, por Dios. ¿Cuál es tu misterio?

—Desde anoche andas con ese sofoco. Me tienes hartado ya con ese tema. Suéltame por favor.

—Pero, cariño, tú estás como si nada. Esa nueva ley nos va a destruir la vida; va a separarnos, mi amor. Yo simplemente no podré vivir sin ti. Me imagino que te opusiste, ¿o no?

—Mira, Chichí, la vida hay que aceptarla como venga. No podremos resistirnos a cumplir con el deber que ahora nos impone la historia.

—¡Puerco, estúpido! Yo nunca pensé que esos maleantes de la Asamblea te iban a convencer. Entonces... tú también la aprobaste. ¡Cabráon! ¿Es que para ti lo nuestro no vale nada? ¿Y estos diez años qué? ¿Los tiramos a la basura? Si ya no me quieres ¿entonces lo de anoche qué fue...? ¿Fingiste, hijueputa?

—Chichí, no hables así. Yo a ti jamás te he mentado. Siempre pensé que tenías claro que eres el amor de mi vida. Acaso no te diste cuenta que mi almohada amaneció empapada en lágrima-

mas. Me quiero morir, pero tengo que cumplir mi deber. Si ahora nos equivocamos, la humanidad desaparecerá por sí sola en pocos años.

—¡Entonces hazlo, perro! Lárgate y ojalá te encuentres una hembra que te haga sentir más hombre que lo que te hice sentir yo.

—Lo dudo, Chichí. Tú lo tienes todo. Tienes un cuerpo que daría envidia a la misma Venus, pero jamás podrás parir un hijo. Lo siento, amor.

El consternado legislador salió del apartamento cargando su maleta en silencio, sin mirar atrás. Sintió pena por lo que dejaba. Aunque estaba destruido, sabía exactamente lo que tenía que hacer para sobrevivir: formar una familia de verdad.

Al pobre Leopoldo le esperaba sólo la cárcel o el suicidio; cualquier cosa sería mejor para él que deshacerse de su hermosa cabellera rubia, sus preciosos senos, o revertir todas las operaciones que se hizo para parecer una actriz de cine.

Tomado de *Sieteporocho, colectivo de 56 cuentos panameños*, 9 Signos Grupo Editorial, Panamá, 2011.

Fernando O. Fernández. Chilibre, Panamá, 1968. Licenciado en Tecnología Industrial. Ha participado en talleres literarios de Ileana Gólcher, Carlos Fong, Carlos O. Wynter Melo y Enrique Jaramillo Levi.